

Algunas exigencias y ventajas del ecumenismo en la formación teológica

FERNANDO SEBASTIÁN, C. M. F.

Uno comienza a moverse en el camino del ecumenismo cuando se da cuenta de la parte considerable que han tenido en la división de la Iglesia las limitaciones y los parcialismos de las diferentes mentalidades teológicas. Con demasiada frecuencia habíamos confundido la catolicidad de derecho con la de hecho, la perfección absoluta de la revelación con la más discutible perfección de nuestras exposiciones y de nuestros modos prácticos de vivirla. Nos venía bien defender nuestra propia realización del catolicismo con los argumentos y las recomendaciones de la religión cristiana en sí misma. Confundíamos la realización temporal de la Iglesia, con todas sus limitaciones y deficiencias, con la Iglesia perfecta y sin mancha, tal como existirá solamente en la plenitud del Cielo. Era una sutil exaltación de nosotros mismos.

El Decreto sobre Ecumenismo, promulgado por el Vaticano II, nos enseña a pensar de otro modo. Aunque la Iglesia católica posea toda la verdad y todos los instrumentos de santificación, los católicos no siempre tenemos una conciencia perfecta y adecuada de esa verdad, ni vivimos plenamente la santidad que Cristo quiere comunicarnos por la Iglesia. Por eso, el esfuerzo continuo para conservar la unidad y el acuerdo con los demás cristianos, es necesario para superar nuestras limitaciones y alcanzar la plenitud y la universalidad propias de la doctrina y de la vida de Cristo.

Por todo ello, los intercambios con las demás confesiones cristianas, de modo particular con la gran tradición ortodoxa, además de preparar el camino para la deseable reconciliación, serán un activo fermento de renovación y mejoramiento para nuestra tradición teológica y espiritual. Si el retorno a las fuentes, realizado intensamente durante las últimas décadas, nos ha puesto en situa-

ción de poder dialogar con ortodoxos y protestantes, el estudio profundo de la Ortodoxia y el intercambio con sus mejores pensadores nos obligará a profundizar más en las fuentes comunes. De este modo la Teología occidental terminará de librarse de las hipotecas del nominalismo y del racionalismo que tanto han pesado sobre ella y podrá volver a la completa continuidad con los Padres y con la teología bíblica. Entonces estarán puestos los verdaderos cimientos para una sólida restauración de la unidad.

No es fácil resumir en tan poco espacio los puntos principales donde existe esta complementaridad. Señalemos solamente las áreas más importantes en las que la teología occidental puede beneficiarse de este confrontamiento con el pensamiento ortodoxo, y la dirección siquiera de estos influjos benéficos.

1. *Antropología*.—Desde la inicial consideración del hombre, el Oriente tiene la ventaja de comenzar a pensarlo, ya desde el principio de sus especulaciones, en una perspectiva de fe. Quizás sea ésta la fuente de su optimismo, por lo menos una de las principales influencias que determinan esta diferencia con la antropología occidental. En la Teología de Oriente no hay un hombre animal racional, perfectamente suficiente y justificable en sí mismo, que luego, de un casi ocasional ha sido levantado por Dios a una vida superior a sus posibilidades naturales. Desde el principio, su consideración del hombre lo ve como imagen de la Trinidad, llamado a la gloria de la vida eterna. Todo el orden sobrenatural, la salvación misma, está así considerado como algo mucho más profundamente enraizado en el ser del hombre de como se considera en muchos sistemas occidentales. Hay en el pensamiento ortodoxo una continuidad real entre natural y sobrenatural, una connaturalidad del hombre entero con su destino sobrenatural que no siempre ha poseído la teología occidental y que está más cerca del pensamiento patristico y bíblico que esa concepción extrínsecista y moralizante de la gracia que empobrece todavía hoy muchos manuales de Teología.

Las categorías éticas y practicistas por las que quedó encauzada la teología occidental de la gracia desde la crisis pelagiana y un aristotelismo mal digerido tienen buena parte en estas deficiencias. Es indudable que un trato asiduo con los Padres y autores modernos del Oriente nos ayudará mucho a redimirnos de ellas. Así terminarán esos tratados de la gracia en los que la gracia actual se lleva la parte del león, donde la inhabitación de las divinas personas es un corolario traído más con la voluntad que con la inteligencia,

donde la salvación final tiene sólo una conexión extrínseca e indirecta a través del mérito en vez de ser la posesión perfecta y el perfecto ejercicio de la única y permanente vida eterna recibida en el bautismo.

Una de las cuestiones teológicas que están en el fondo de toda la problemática moderna, aun la que parece más alejada de las alturas teológicas, es la relación entre lo natural y lo sobrenatural. El fuego quedó abierto con *Le Surnaturel* del P. De Lubac. Todavía no está vencida esta batalla. De la teología oriental podrían llegarlos refuerzos definitivos.

2. En el otro extremo del campo teológico está la doctrina *sobre la Trinidad*. Es ya un tópico hablar de la complementariedad entre la concepción trinitaria de oriente y occidente. Valdría la pena, sin embargo, confrontar estrechamente ambas concepciones para descubrir la diferencia de métodos y poner en claro los orígenes verdaderos de las diferencias. Saldrían así a luz algunas deficiencias de fondo en el método occidental de teologizar, procedimientos demasitados anclados en nociones filosóficas extracristianas que han impedido a nuestra teología dar razón cabal del personalismo trinitario, concreto y operante, que aparece en el Nuevo Testamento y en la teología de los Padres. En este aspecto el reciente ensayo del P. Barré (*HENRI BARRÉ, Trinité que j'adore. Perspectives théologiques*. Lethielleux, 1965) es en verdad aleccionador y fructuoso, aunque no abarque todo el trabajo que está por realizar.

Solamente por este camino podemos alcanzar en Occidente la dimensión trinitaria de toda la economía sobrenatural. La Encarnación, la Iglesia, la vida cristiana en sus aspectos espirituales y sacramentales, personales y colectivos, tienen que explicarse desde un esquema trinitario que hoy no poseen en nuestra teología occidental. El cerco de la única esencia sustantivada como una verdadera persona, como la única persona plenamente reconocida, mantiene a las tres verdaderas Personas en el Sancta Sanctorum de la vida ad intra, sin aparecer realmente en nuestro mundo exterior. Esta es sin duda una de las más graves deficiencias de la teología y de la espiritualidad occidental. También aquí el Oriente puede ayudarnos a superar nuestras propias limitaciones.

3. Entre los dos extremos anteriores está la *Cristología*. Como Cristo es el nexo que mantiene unidos para siempre a Dios y al hombre, así la Cristología es la síntesis permanente entre la doctrina

trinitaria y la antropología cristiana. Las diferencias de los dos extremos repercuten en la caracterización de la cristología occidental frente a la oriental. Con las consiguientes ventajas y desventajas.

Por lo pronto, el esencialismo trinitario de occidente rompe la continuidad real entre la Trinidad y Cristo. Fuera del más genuino pensamiento tomista, la gran doctrina patristica que considera la humanidad de Cristo como el instrumento viviente del Verbo, quien redime y transfigura en ella y por ella a la humanidad entera, no tiene justificación ni explicación posible en la tradición teológica occidental. Y es muy probable que la unidad teándrica del ser y del obrar de Cristo esté mejor conservada en la tradición de las llamadas iglesias nestorianas que en algunos sistemas teológicos occidentales.

Por estas vías del extrinsecismo la capitalidad de Cristo perdió todo contenido real y el universal influjo divinizador de Cristo resucitado, quedó reducido a una extrínseca aceptación divina de los sufrimientos de Cristo como satisfacción por los pecados de los hombres, De este modo, toda la eficacia redentora se reducía a la Pasión y Muerte de Cristo, quedando su Resurrección fuera del campo de la Soteriología. Con ello la teología occidental se cerró el camino para explicar la misteriosa realidad de la Iglesia como Cuerpo de Cristo y se quedó sin base para una auténtica teología sacramental. Luego vinieron los juridismos, las causalidades morales, etc., etc. Eran esfuerzos desesperados para dar razón de unas realidades que se vivían en la oscuridad de la fe, pero cuya pista se había perdido hacía mucho tiempo en el plano del pensamiento.

Es cierto que todas estas posiciones están ya venturosamente superadas, pero quedan muchas cuestiones y criterios concomitantes que están todavía sin revisar. La compañía de los pensadores orientales nos ayudará, sin duda, a cumplir para bien de la Iglesia la tarea comenzada.

4. Desde una cristología mucho más real que la dominante en occidente, los orientales han podido conservarse en una visión mística y cultural *de la Iglesia*, que ahora nos resulta extraordinariamente útil para equilibrar la eclesiología demasiado exterior y naturalista que hemos padecido en Occidente. La Iglesia no se piensa en oriente como una sociedad ya organizada y perfecta de antemano en la que se van encajando los cristianos; es más bien el grupo concreto de creyentes unidos en un mismo culto eucarístico, presididos por el Obispo como sacramento viviente de Cristo sacerdote,

alimentados por el Cuerpo de Cristo, unidos y transformados por su Espíritu que los interna en la familia y en la gloria del Padre, en comunión de vida y de caridad con todas las demás Iglesias corales.

Se abre así una perspectiva más realista y más religiosa para considerar el ser de la Iglesia en la que cabe dar razón de todas las exigencias dogmáticas, incluso de aquéllas que oriente ha rechazado durante siglos. El esfuerzo actual de la Iglesia católica para ganar realismo y consistencia en toda la extensión de sus realizaciones corales, aun a costa de algunos rasgos muy queridos durante siglos, tiene en esta perspectiva oriental una buena fuente de inspiración.

Otro aspecto de la eclesiología oriental que debemos asimilar es su profundo escatologismo. El pensamiento oriental tiene una aguda percepción de que toda la realidad sobrenatural de la Iglesia no es más que una misteriosa asociación a la sociedad celestial de los santos. Su culto, su moral, su vida entera está dominada por este sentimiento. De aquí depende incluso su modo de resolver las difíciles cuestiones de su relación con las realidades de este mundo, desde el orden de la cultura hasta el político. Es obligado reconocer que este escatologismo está en el origen de algunas de sus deficiencias. Por eso mismo el confrontamiento entre las dos mentalidades puede equilibrarnos a todos y ayudarnos a superar las dificultades de signo contrario que se padecen en cada campo.

5. De todas estas diferencias surge espontáneamente un modo distinto de sentir y vivir *el cristianismo*. Es imposible describir en pocas líneas todos sus rasgos diferenciadores. Digamos sólo lo más importante que el cristianismo occidental puede aprender de su hermano oriental.

Y en primer lugar algo tan valioso como la profundidad religiosa y misteriosa en que se mueve generalmente la piedad oriental. Menos humanista, menos sensibilizada y familiar que la occidental, conserva mejor la explícita referencia a lo trascendente y misterioso. En la liturgia y en la devoción a la Madre de Cristo como a los Santos, la percepción central de lo divino y de lo escatológico, ha conseguido mantener mejor que en occidente la proporción y la referencia unificante al misterio central de la vida gloriosa con la Trinidad.

Esto mismo ha hecho que el cristianismo oriental no percibiera con suficiente claridad las exigencias morales y terrestres de esta vida eterna que él miraba sobre todo en su proyección celestial.

Por eso, junto a las figuras depravadas de los personajes de la literatura rusa, aparece el impresionante escatologismo de sus monjes. Es el lado fuerte y el flaco de la espiritualidad oriental. Exactamente al contrario de lo que hemos querido hacer en occidente. La actividad y el magnífico despliegue orgánico de la Iglesia occidental, necesita equilibrarse con el peso y la profundidad de la iglesia ascética y monástica del oriente. Nuestro laico adulto de la era novísima tiene mucho que aprender en el monaquismo interior que los Padres orientales predicán a sus cristianos.

Es posible que todo lo dicho quede demasiado superficial y rápido. No quería sino justificar la necesidad de que en nuestra formación teológica, la de los alumnos y la de los profesores, entre con bastante más asiduidad y profundidad, el estudio de la tradición oriental, en sus representantes antiguos y modernos. Junto a los Padres Capadocios, junto a Clemente Alejandrino y San Cirilo, autores como Palamas, Cabasilas, Solovieff, Boulgakoff, Florovsky, Endokimov, Lossky, etc., deberían entrar en la zona de los escritores familiares de todo estudiante de Teología. De este modo su formación teológica se vería profundamente enriquecida y entraríamos en el camino, un poco largo quizás, pero seguro y definitivo, para la deseada y obligatoria reconciliación.